

# RECUERDOS DE MI INFANCIA

Conchita Del Bosque Díaz

Intervención en el acto Exili Republicá del 39  
Cornellá de Llobregat 24 de octubre de 2009



Nací en 1926. Mi padre se llamaba Rafael del Bosque, mi madre Josefa Díaz López. Hasta el 36, me crié como una niña que tenía la suerte de tener un padre profesor en Filosofía y Letras, escritor y poeta. Todo eso hizo que mi infancia hasta julio del 36, no tuvo o más bien no tiene interés. En casa, no faltaba nada. En 1931, nació mi única hermana Coral.

El 18 de Julio de 1936, estábamos en Madrid en el piso donde nací, calle Alcalá: Hace calor: uno de esos días de verano madrileño. Me encontraba en la cocina, con mi tía y mi madre, las ventanas abiertas; en el patio se oían los ruidos callejeros y también la radio de unos vecinos. Nunca olvidaré aquella voz de mujer que salía de esa radio. Una voz firme, clara y persuasiva. Yo no comprendía nada y por primera vez, oí las palabras « guerra... república... libertad... lucha... ». Pregunté: « Tía ¿quién es? ». Mi tía, muy nerviosa contestó: « Es Dolores Ibarruri ¡callad!... ». Por sus gestos y ademanes, comprendí que algo de terrible ocurría en España. Desde aquel día dejé de ir al colegio, debido a que, por las calles, había mucho jaleo; comprendí el significado de la palabra *miedo*, miedo a los bombardeos... miedo a los cañones... miedo a las *escuadrillas del amanecer* (grupos de hombres que llamaban a las casas al amanecer y tomaban alguien para *darle un paseo*).

Durante todo ese otoño en Madrid, un diluvio de fuego aplasta la ciudad y sus gentes. Madrid completamente oscuro, envuelto de sombras en donde sólo se oyen circular coches con los faros apagados, voces de hombres, y el miedo siempre presente en cuanto se oía el *toque de queda*. Aún, después de tantos y tantos años, tengo escalofríos cuando oigo una sirena o aviones. Recuerdo imágenes y detonaciones de los bombardeos en Madrid, Barcelona y el último, en la bahía de Rosas. Veo la gente correr hacia el metro, Veo una mujer con un niño, delante de nosotros, caer en la calzada...la mujer llora, grita...

## EL ÉXODO

Mi padre era de *Unión Republicana* y tuvo que irse con el gobierno republicano a Barcelona y después, a un pueblecito llamado Villajuiga cerca de Figueras y le seguimos. Cuando los franquistas entraron en Barcelona, mi padre nos dijo que esa noche del 3 de febrero de 1939, teníamos que pasar la frontera por el Pertus para ir a Francia mientras él, seguía el gobierno.

Mi madre cogió un poco de ropa y una manta. Hacía mucho frío. Subimos en un camión con mucha gente. En la frontera, había varios guardias: los *gendarmes* franceses.

Algunos nos recibieron bastante mal, gritaban, separando los hombres de las mujeres. Los niños, nos agarrábamos fuerte a nuestras madres. Muchos llorábamos. Otros, se escondían la cara al oír gritar « Allez ! Allez ! » señalando con los brazos la derecha o la izquierda ; fue la primera palabra que oí en francés y que sólo comprendí debido a los ademanes de los *gendarmes*.

No sé porque me acuerdo, aún, del bocadillo que nos dieron al llegar, bocadillo con una

sardina en aceite, y también, una manta gris de soldado. Nos dijeron de entrar en una chabola de madera bastante grande y allí dormimos, por el suelo. Al día siguiente, nos dieron un vaso de leche o algo caliente y un trozo de pan. Desde ahí un tren de madera nos llevó a la estación de Perpiñán y allí estuvimos varias horas sentados cada uno en donde podía, encima de sus bultos, por el suelo... Recuerdo unas mujeres que iban vestidas con capas oscuras y en la cabeza una toca con una cruz roja, las cuales nos repartieron leche y café con unas galletas que, después del bocadillo de sardinas de la noche anterior, me supo a gloria.

Cuando llegó el tren, sólo subimos a él, los niños y las mujeres. Mi madre lloraba y otras mujeres también, preguntando: « ¿ a donde nos llevan ? ». No tuvieron contestación. El viaje duró varias horas, nos pareció interminable. Por fin, el tren paró en una estación. Todos nos pegábamos a las ventanillas para ver en donde estábamos. Un letrado anunciaba Romans, Bourg-de-Péage. Un hombre dio un silbido y unos *gendarmes* y la Cruz Roja nos ayudaron a bajar del tren. Volvimos a subir en un camión y uno de los hombres que nos acompañaba nos dijo en español que estábamos en Romans y que íbamos alojarnos en un *refugio*. « Mama, qué es un refugio? Mi madre abrió desmesuradamente los ojos y balbuceó « pues... pues... debe de ser un sitio en donde nos protegerán ». Por fin llegamos. El refugio era un cobertizo grande.

Nos hicieron entrar. Dentro, había unos colchones y, una vez mas, nos dieron otra manta de soldado a cada uno y un caldo con un trocito de pan y una manzana. Al día siguiente, nos pasó una visita médica y marcaron notas en una libreta.

Allí, pasamos tres meses, hasta mayo del 39. Gracias a amigos franceses simpatizantes con los republicanos españoles, mi padre pudo localizarnos y rápidamente vino a buscarnos al refugio. A partir de ese día, estos amigos nos prestaron una casita pequeña llamada « le Petit Jardin », y se ocuparon de nosotros ofreciéndonos comida y amistad.

Mi hermana y yo, pudimos ir al colegio francés. Recuerdo con mucha emoción a la directora y a las maestras, por lo cariñosas y buenas que eran con nosotras. Me pusieron en una clase con niñas de 8 y 10 años y yo tenía entonces 12 años y medio. Me acuerdo de la muchísima vergüenza que tenía pues no sabía ni comprendía el francés. Puedo decir que en esa escuela empecé mis primeros *palitos*.

En aquellos momentos tan difíciles, mi padre se puso a trabajar en una fábrica de curtidos de cuero y mi madre entró en casa de un sastre de origen armerino para coser chaquetas de hombre. Nunca les oí maldecir el trabajo porque mis padres se mantenían en la idea - era su obsesión - de que pronto llegaría el momento de regresar a España y, semejantes pensamientos les solucionaba la mayor parte de sus problemas (era cuestión de unos meses, todo se arreglaría...). Esa era la gran ilusión no solamente de mis padres pero de todos esos hombres y mujeres que querían a España y a la República. El primero de abril de 1939, Franco gana la guerra. Ese día fue un día de duelo para los españoles. Cinco meses después, el 3 de septiembre, la guerra mundial estalla. Los refugiados de la derrota que habían dejado una República ensangrentada, encontraron en Francia una República que no había sabido acogerles, pero que a pesar de todo, supieron dar una lección de reconocimiento y de amor cuando llegó el momento de defender el pueblo francés de las garras del fascismo. Entre muchos mi padre y mi marido fueron unos de ellos (mi padre en el « maquis » del Vercors, mi marido en Marsella).

## **LA VIDA EN ROMANS**

Durante la guerra en Romans, la vida se desarrollaba tan bien que mal, mi padre curtiendo cueros, mi madre cosiendo, mi hermana y yo en el colegio. Por las tardes, trabajaba en la fábrica de calzados (Charles Jourdan) en donde mi trabajo consistía en *remozar* (en francés *rafraîchir*) la primera suela de los zapatos. Ahí, asistí a una redada (en francés: *rafle*) por parte de los alemanes. Ese día se llevaron a varios hombres y mujeres. Sentimos un miedo tremendo. Ese día tuve suerte y puedo decir *Gracias a la Vida* porque a un hermano de mi amiga Eliana que tenía 15 años como yo, se lo llevaron; su madre pudo recuperarle un mes después.

Romans era zona ocupada y un día, a mediados del año 44, unos amigos de mi padre vinieron a decirle que tenía que irse de Romans y esconderse porque los alemanes buscaban a los españoles; mi padre se marchó. Cuando se liberó Romans, tuvimos la alegría de ver llegar a mi padre: volvía de un maquis de la zona del Vercors. Meses más tarde mi padre se fue a Toulouse; le nombraron presidente de la *Unión Nacional Española*.

## LA VIDA EN TOULOUSE

Llegué a Toulouse para juntarme con mi padre el 30 de marzo de 1945. Fue en esos días que conocí al que sería mi futuro marido: Enrique Farreny Carbona. Él era secretario de organización de las Juventudes Combatientes y también había participado como FFI en la Resistencia en Marsella. En el baúl de mis recuerdos, no olvidaré jamás con muchísima emoción el ambiente del 8 de Mayo de 1945. La plaza del Capitolio en Toulouse estaba de bote en bote. La gente reía, lloraba de alegría, saltaba, gritaba, bailaba, abrazaba. Las campanas tocaban a vuelo. No puedo explicar la emoción de ese día que nos anunciaba la paz y el final de la guerra.

Al poco tiempo, ingresé en las Juventudes Combatientes. En el grupo de teatro tuve la suerte de conocer al señor Jean Sagols, un hombre de gran valor y cultura. Fue el que me dio el gusto y el amor al teatro y particularmente al gran poeta Federico García Lorca. Pude interpretar obras como «La zapatera prodigiosa», «Doña Rosita la soltera» y también poemas de Antonio Machado, Miguel Hernández, Nicolás Guillén...

Me casé con Enrique el 25 de octubre de 1945 en el ayuntamiento de Toulouse; conjuntamente se casaron dos otros compañeros de las Juventudes: los padres de Chantal Semis aquí presente. Uno de los dos testigos oficiales de mi casamiento fue Amalia Ibarruri (hija de Pasionaria); también asistió Santiago Carrillo. A la mañana siguiente Enrique se fue a Londres, como delegado para el congreso fundador de la Federación Mundial de la Juventud Democrática. Enrique y yo, tuvimos cinco hijos: los dos varones que están aquí y tres chicas.

Desde aquella época y hasta hoy, he sido y sigo siendo militante en el alma, aunque nunca inscrita en ningún partido político. En 1980 fundé el Club de Lengua y Cultura Españolas en Ramonville, ciudad lindante a Toulouse. Hará pronto 30 años. En esta asociación se dan clases de castellano todas las semanas. También ha habido clases de catalán; era mi marido, fallecido en 2007, quien las daba. Continuamos también con talleres de teatro, de bailes (sardanas, sevillanas), conferencias, debates, viajes en España y América Latina, espectáculos y conciertos de cualidad.

Ahí va parte de mi vida y continúa... Siempre adelante...

